

Místeres, guachimanes, maifrenes y ófisboys: léxico de la novela petrolera venezolana

Místeres, guachimanes, maifrenes and ófisboys: Vocabulary found in the Venezuelan Oil-Related Novel

José Amador Rojas Saavedra

Doctorado en Lingüística

Universidad de Los Andes

Mérida, Venezuela

jrojassvdra@gmail.com



Resumen

En este texto pretendo revisar el conjunto de palabras y expresiones pertenecientes a un grupo específico de hablantes: los trabajadores petroleros venezolanos novelizados. Incluyo una valoración de carácter sociolingüístico, abordo el problema del léxico y la actitud de distintos críticos literarios venezolanos en relación con el lenguaje y las falsas premisas de colonización, transculturización, entreguismo, pérdida de nuestro ser, etc. En algunas novelas petroleras venezolanas se observa una *resemantización*, un uso léxico que supone evidentes huellas de un caso real de *contacto* entre los venezolanos y los hablantes de lenguas extranjeras (especialmente los norteamericanos), un léxico usado como una forma *pasional*, prestigio, moda, cosa transitoria, préstamo. Al estudiar el componente léxico me propongo, en primer lugar, identificar palabras que surgieron producto del *contacto* entre lenguas y que pasaron a formar parte del vocabulario de las personas que conformaban el ámbito petrolero; en segundo lugar, procuro indagar cómo esas palabras impulsaban, movían y afectaban las *pasiones* de los venezolanos novelizados: en unos producían *pasiones* como la *admiración* y el *deseo* [como por ejemplo Alberto (de *Mene*), Federico Sánchez (de *Viento de huracán*) y Guillermito Rada (de *Oficina N° 1*)], en otros, eran utilizadas como *burla*, *sarcasmo* y *desprecio* (por ejemplo en *Mene*, la palabra *maifrén* significaba para los venezolanos gorila o algo semejante), y en la mayoría, eran palabras que por

todos los medios, los trabajadores intentaban aprender o por lo menos imitar de la lengua de los capataces norteamericanos que dirigían la Compañía petrolera.

Palabras clave: léxico, novela petrolera venezolana, míster, guachimán, maifrén y office boys.

Abstract

In this work I intend to study a group of words and expressions used by a specific group of speakers: Venezuelan oil industry workers converted into novel characters. I include a sociolinguistic valuation and study the problems of specific vocabulary and attitude of various literary critics towards language and false ideas in colonization, transculturation, appeasement, loss of identity, etc. Some Venezuelan oil-related novels show cases of *semantization*, a type of word formation that offers hints of real language contact between Venezuelan people and speakers of foreign languages (US citizens, mainly). This type of vocabulary is used as a mechanism for passion, prestige, and word borrowing; it may also be used as a fashionable and transitional element. For the analysis, I first explore on the vocabulary originated from language contact that later became part of the daily vocabulary used by oil industry workers. Secondly, I explain how those words and expressions gave impulse and affected passions among Venezuelan characters. Thus, some of them felt admiration and sexual desire (characters such as Alberto, from *Mene*, Federico Sánchez, from *Viento de Huracán*, and Guillermito Rada, from *Oficina No. 1*). Some other characters used English borrowings for having fun, showing sarcasm, and disdain (words such as *maifrén* -created from 'my friend'- in *Mene*, meant a gorilla or the like); but most words were used by workers who tried to learn and/or imitate the language of their US bosses who were ruling the oil industry.

Keywords: Vocabulary, Venezuelan Oil-Related Novel, Míster, Guachimán, Maifrén, and Office Boys.

1. LÉXICO DE LA NOVELA PETROLERA VENEZOLANA

La lengua —entendida como la manifestación del lenguaje y considerada un vehículo de comunicación— es uno de los elementos que constituye huella histórica (oral-escrita) y expresión sociolingüística de los nexos sociales que establece el hombre. Parto de la idea de que —en toda cultura— es esencial el estudio de las relaciones y covariaciones entre *sociedad* y *lengua*. En esa red de intercambios compartidos, en la realización de la *lengua* en la *sociedad*, el conocimiento léxico ocupa un lugar especial. El léxico de una lengua sólo se puede abarcar en términos sociales. El conocimiento social del significado léxico cambia, en consecuencia, ligado a la evolución de la reflexión sobre la lengua y sobre el conocimiento humano, tal como se va dando en cada estadio particular de la historia de las comunidades lingüísticas. De ahí que en la colectividad surjan palabras y vocablos a base de experiencia, de memoria compartida y de intereses específicos de conocimientos, guiados por la reflexión y el análisis. La lengua no proviene del individuo en aislamiento (como si éste fuera una mónada sin contacto con otros seres humanos) sino que existe para todos.

Para producir cultura se necesita conocer -entre otras cosas- el repertorio léxico. De esa manera el conglomerado total de *significados* adquiere relevancia en lo social y se manifiesta en las relaciones socioculturales. No obstante, para la semiótica, según Agelvis (2005:83) lo que el texto habla, el *sentido*, no está cifrado sólo en el plano enunciado sino que opera también en el plano subyacente y en el ciclo pragmático, del conocimiento compartido, de las *pasiones* que se ciernen como presentimientos. De allí la importancia de la frese de Greimas: “Bajo el léxico es donde ocurren las cosas” (cf. Agelvis, 2005:84). Para este estudioso del lenguaje, “la posibilidad que tiene la narración de tomar distintos recorridos, conectando esos recorridos a elementos léxicos o icónicos, es extraordinaria” (Agelvis, 2005:121).

Rosenblat (2004:3) destaca que las cuestiones de léxico “son sin duda las más tentadoras, pero también las más peligrosas, porque son las de apariencia más clara, las que permiten el juicio de todos y la intervención polémica del público”. Si una expresión es del habla popular o familiar, tiene su legitimidad en sí misma. “La manera de hablar del pueblo venezolano [...] debe inspirar siempre el mayor respeto. La voz del pueblo es casi siempre la voz de Dios. [...] La lengua popular y familiar debe tener color local, debe ser espontánea y vivaz” (Rosenblat, 2004:2-3).

Hablar de nuestro comportamiento léxico en general es referirse a la cultura del venezolano. Agelvis cree que el habitante de este país “es dado al uso del lenguaje en un plano concreto y figurado, huye de lo abstracto. Su interés por el ingenio le impone variedad de recursos que van de la comparación [...] a la negación [...]. Su habla es familiar y afectiva, y la creatividad de que hace gala es un derroche de fantasía y vitalidad” (2005:292).

Toda palabra, cualquiera que sea el entorno de la vida material o espiritual a la que pertenezca, tiene personalidad, dignidad e interés histórico y humano. En el *Diccionario de los sentimientos* (2001:13) Marina y López Penas advierten que no debe leer un libro “quien no sienta fascinación por las *palabras*, quien no se sienta atraído por las enrevesadas relaciones que tejen, sorprendido por su perspicacia, intrigado por sus metáforas ya casi irreconocibles, quien no perciba que internarse en las complejidades del *lenguaje* es hacer espeleología íntima, pasar de los ecos que oímos a la voz que gritó en la espelunca originaria”. Y señalan que con su texto, antes que un diccionario, antes que un texto sobre los sentimientos, han escrito un homenaje a la *lengua*, a todas, festivo y solemne a la vez. Destacan:

En las celebraciones sólo deben entrar los que se encuentren con ánimo de celebrar. En el *diccionario* hay miles de historias entremezcladas, y hace falta la paciencia de un botánico, de un arqueólogo o de un miniaturista para desentrañarlas. Es necesario un cierto gusto para descifrar enigmas léxicos y para valorar la poética de la minuciosidad y de la precisión. Si cumplen esos requisitos, disfrutarán y aprenderán muchas cosas explorando el vocabulario de los *afectos*. Pero tengan en cuenta que no basta leer las palabras. Hay que paladearlas, manejarlas, jugar con ellas, navegar por sus cauces interiores. «Me gusta palabrear», escribió Pessoa. «Las palabras son para mí sirenas visibles, sensualidades incorporadas». (2001:13).

Las palabras son fuente de inspiración. Ellas nos permiten señalar cosas. Y en nuestro caso *identificar* —si ese término se me permite— que las personas perciben, conocen, evalúan, sufren, desean, se decepcionan, se desesperan y mucho más. Marina y López Penas destacan que sólo se puede “entender el significado de esas palabras cuando pudiera saltar desde ellas hasta la experiencia” (2001:15). La aclaración y en ocasiones la sustitución de unas palabras por otras tiene un límite, más allá del cual resulta necesario salir del reducto lingüístico.

Al igual que Pessoa, Marina y López Penas, a mí también me gustan las palabras, «me gusta palabrear». Por ello he tomado palabras como *míster* (mister, señor), *guachimán* (watchman pl. watchmen, vigilante), *maifrén* (my friend, amigo mío, mi amigo, mi estimado), *musiú* (monsieur, pl. messieurs, señor), *ófisboy* (office boy, ordenanza, mandadero, recadero, mensajero), *macundales* y *corotos*, que surgieron en un momento determinado de la historia de este país: la exploración y explotación del petróleo. *Nuevas palabras* que se usaron para nombrar, señalar y describir una *nueva realidad*. Según Agelvis, el nuestro “es un español que muestra las tendencias del nacional por el igualitarismo, [...] a la indiferenciación. La distancia diastrática no es ciertamente notable. Esto último ha sido objeto de interpretaciones en sociología, antropología e historia. En el imaginario criollo no pesan las diferencias de clase, se puede ascender con relativa rapidez y no se discrimina al otro, y esto se evidencia también en nuestros modos de hablar” (2005:292). En Venezuela esta actitud ante el léxico es sumamente notoria, forma parte de nuestra cotidianidad, de nuestro imaginario.

2. PETROLENGUAJES

Palabras como *míster*, *guachimán*, *maifrén*, *musiú*, *ófisboy* y *macundales* indican que el léxico de los venezolanos se encuentra permeado por los aportes continuos de los sucesivos *encuentros* y *contactos* con otras lenguas. Ejemplo de ello lo observamos en la novela venezolana que tiene como *motivo* el petróleo, que da cuenta de un complejo proceso de acercamiento, aproximación, *contacto* entre personas pertenecientes a diferentes razas, culturas, costumbres y nacionalidades, lo cual originó algunas transformaciones en el léxico de los venezolanos.

Difiero totalmente de la propuesta de Quintero quien expone en los textos *La cultura del petróleo* (1968) y *El petróleo y nuestra sociedad* (1978) la idea de *transculturación* y *dependencia* a través de nuestra lengua. Al respecto señala:

El fenómeno de la explotación de la riqueza petrolífera nacional por consorcios internacionales poderosos, es factor determinante de transformaciones de nuestras formas tradicionales de pensar, sentir y actuar; un elemento socio-histórico que ha modificado estilos de vida y sistema de valores de la sociedad venezolana.

Hace más de cincuenta años la cultura del petróleo inició su penetración, se extendió y consolidó en el territorio de Venezuela. *Cultura de conquista*, que es un patrón de vida con estructura y mecanismo de defensa propia; de modalidades y efectos sociales y psicológicos que *deterioran las culturas “criollas”* y tienen expresión en actividades, invenciones, instrumentos, equipo material y factores no materiales: lengua, arte, ciencia. [...]

Los rasgos predominantes del estilo de vida impuestos por la cultura del petróleo son el sentido de *dependencia* y *marginalidad*. Los grupos más “*transculturados*” llegan a sentirse extranjeros en su país; imitan lo foráneo y subestiman lo nacional. Piensan a la “manera petrolera” y prefieren comunicarse con los demás sirviéndose del “vocabulario del petróleo”. (1978:10-12).

No nos colonizaron, ni nos cambiaron. Ese argumento que expone Quintero, el cual destaca que estábamos colonizados y *transculturados* porque usábamos algunas palabras, desapareció. Sociolingüísticamente no procedió; ese discurso diacrónicamente no se sostiene.

En primer lugar, es claro que no hubo una resistencia al cambio social (migraciones campo-ciudad, cambio rural-urbano) que se suscitó tras la aparición del petróleo en la economía de este país. Venezolanos que vivían en condiciones de miseria y precariedad decidieron *voluntariamente* dejar la vida agropecuaria y pesquera para buscar mejores condiciones sociales y económicas en los sitios donde la industria petrolera empezaba a establecerse. En segundo lugar, en la crítica literaria venezolana es latente la presencia de ciertas ideologías, que utilizan elementos léxicos como argumento para hablar de *transculturización* (podemos citar como ejemplo los textos mencionados de Quintero y *La novela del petróleo en Venezuela* (2005) de Carrera).

Las novelas venezolanas que tienen como *motivo* el petróleo, están pobladas de frases que se posesionan de esa manera particular de utilización del habla de diferentes regiones de este país. Asumen esa gracia especial de un conjunto de palabras con un fuerte componente social, marcadas con el rasgo de clase. El léxico se refiere al vocabulario de una región, una comunidad o grupo, una actividad determinada, un campo semántico dado. En obras literarias como *Mene* (1936) de Ramón Díaz Sánchez, *Oficina N° 1* (1961) de Miguel Otero Silva, *Memorias de una antigua primavera* (1989) de Milagros Mata Gil, *Guachimanes* (1954) de Gabriel Bracho Montiel y *Mancha de aceite* (1935) de César Uribe Piedrahita, los enunciadores generales asumen los *modismos* con los cuales se expresan las identidades discursivas y que son característicos del repertorio de *voces* de la colectividad en general. Agelvis destaca que el léxico, como piezas sueltas, pierde el valor fundamental, lo que permite ver la vida en contexto:

Se trata de ver el léxico a la luz de la *pasión*, la de su juego lúdico, la de su *poder* evocador de nuestras *pasiones* como pueblo. Es por allí, bajo su capa superficial, bajo sus límites, donde nos conecta a todos, donde el léxico aporta información a la interpretación del uso del lenguaje. (2005:293-294).

Es mi intención revisar algunas de las palabras y expresiones pertenecientes a un grupo específico de hablantes: los trabajadores petroleros venezolanos novelizados, además de estudiar el cómo y lo que denotan alguna de ellas, además de la clasificación y descomposición del *significado* de las mismas. Ejemplo de ello son las palabras *míster*, *guachimán*, *maifrén*, *musiú* y *ófisboy*, todas desaparecidas o que actualmente han cambiado su *significación*, pero que en su debido momento, cumplieron un papel fundamental en los procesos de comunicación, especialmente en la identificación de *algunos* de los trabajadores dentro y fuera del campo petrolero.

Parto de la idea de que las voces *míster*, *guachimán*, *maifrén*, *musiú* y *ófisboy* -usadas en una época determinada y en un contexto particular- suponen evidentes huellas de un caso real de *contacto* entre los venezolanos y los hablantes de lenguas extranjeras (especialmente norteamericanos). Vocablos que evidencian un *acercamiento* de lenguas, en un momento preciso de nuestra historia y que permitieron establecer relaciones entre las distintas representaciones sociales. La presencia de estas locuciones presupone la existencia de grupos sociales que comparten en su interior conocimientos, ideologías, normas y valores, es decir, representaciones sociales que son connotadas a través de usos léxicos específicos.

Palabras que afloraron a partir de la convivencia constante de unos pueblos con otros, de una cultura con otra, de unas lenguas con otras, de formas distintas de ver el mundo, y sobre todo, de entenderlo. Esto se puede apreciar justamente en el bagaje cultural de cada uno de los actores discursivos, que -en la novela petrolera- llegaron en esa oleada de gentes, que tenían la *esperanza* de formar parte de la naciente industria petrolera. Vocablos que servían para expresar, de alguna manera, el cambio rural-urbano y su correlato *pasional* del venezolano.

Sociolingüísticamente y de manera diacrónica, se observa que el uso de determinadas palabras es *prestigio pasajero*. El léxico es un elemento permeable y dinámico, al contrario de las estructuras fonológicas y sintácticas que son rígidas. El léxico es variable y muestra de ello es que palabras como *míster*, *guachimán*, *maifrén*, *musiú* y *ófisboy*¹ hoy día han *desaparecido* de nuestra habla, tienen otra *significación* o han aparecido otras nuevas.

En la novela *Mene* (1936) de Ramón Díaz Sánchez, el léxico es usado como una forma *pasional*. Esto es notorio cuando el enunciador general presenta la historia del matrimonio antillano conformado por Enguerrand Narcisus Philibert y Phoebe Silphides Philibert. Él era electricista, ella costurera. Reunieron sus ahorros y se vinieron a Cabimas (Venezuela) en un pasaje de tercera:

¹ *Ófisboy* (*Office boy*): chico de los recados, mandadero de oficina, mensajero de oficina, botones de oficina, misceláneo, ordenanza, recadero. Tinker Salas (2006:357-358) señala que “los venezolanos con algún nivel de educación primaria o secundaria, podían aspirar a un empleo en la categoría denominada *office boy*, donde el empleado era asignado a un departamento de la empresa en calidad de asistente de oficina. En el vocabulario estadounidense, la categoría de *office boy* también contiene implicaciones en la jerarquía social-cultural de ese país. Normalmente es una persona joven, que desempeña una labor que no requiere conocimiento previo, y en la cual el empleado, es sometido a un período de entrenamiento. En el caso de Venezuela, el cargo de *office boy* se convirtió en una fuente de empleo administrativo a la que podían aspirar, tanto jóvenes como adultos. La noción, o al menos, la que impulsaba la empresa, era que el *office boy* serviría de puesto preliminar, dentro del cual los individuos que se destacaran, lograrían un ascenso en el escalafón administrativo de la empresa. La **Creole**, por ejemplo, publicaba las oportunidades que existían para los *office boys*. En la primera edición de la revista *Nosotros* en 1946, la publicación presentó como modelo, la carrera de Braulio Rodríguez, que había iniciado su trayectoria en calidad de *office boy* en la oficina de correos de la **Creole**, en Caracas, hasta llegar a ser jefe de la sección, y donde *ahora Braulio tiene bajo su dirección a 18 office boys*”. Este artículo, y un sin número de otros similares, daban la impresión de que si sobresalían en sus oficios, los *office boys* lograrían superar su clasificación. No obstante esta campaña publicitaria, y el hecho de que algunos individuos lograron superar su clasificación inicial, la realidad es que simplemente no existían suficientes oficios como para incorporar todo este sector. (cf. Tinker Salas, 2006).

Llegaron a Cabimas y en breve se relacionaron con toda la colonia de sus compatriotas, tan abundante por sí sola como el conjunto de todos los demás extranjeros radicados en el lugar. Les divertía sobre manera oírse llamar por los nativos con el dulce calificativo de *maifrén*.

—¡Mi amigo!... ¡Oh, mi amigo!

No esperaban bondad tanta. Pero andando el tiempo vinieron en la cuenta de que quizá no fuera cosa de alegrarse. En la manera como el nativo suele decir *maifrén* creyeron descubrir una *posible confusión semántica*. Siendo el sentido lo que da valor a la palabra, *maifrén* puede, llegado el caso, significar *gorila o algo semejante*. (Díaz Sánchez, 1958:77).

El narrador de *Mene* destaca que algunos de los venezolanos novelizados, quizás como una forma de *desprecio*, con la intensión escondida de *descortesía*, utilizaban el léxico para mostrar su *aversión*, su *molestia*, su *descontento* chauvinista por la presencia de personas de otras razas en tierras venezolanas. Posiblemente en tono de broma, utilizaban la palabra *maifrén*² para señalar a los individuos que tenían la piel de color negra e indicarle el calificativo peyorativo de “*gorila o algo semejante*” (Díaz Sánchez, 1958). Cabe preguntarse: ¿*Maifrén* era una voz acriollada que les permitía a los venezolanos acercarse más? ¿Se sentía el venezolano más cercano y familiar a los negros antillanos que a los rubios yanquis, y por ello utilizaba estos apodos? En la misma novela, destaca el narrador, que a las personas con piel de color negra, llegados a estas tierras, los venezolanos usaban el calificativo de *maifrén* para identificarlos, y bajo un *orgullo* y *patrioterismo* ingenuo, consideraban a estos personajes como una clase social desprestigiada:

—Y esos *maifrenes*, ¿para qué diablos los traerán?

—No los traen. Es que vienen. Sirven para todo.

—Sí, pero todo lo echan a perder. Y aguantan hasta porquería. (Díaz Sánchez, 1958:34-35).

Los actores principales de estas novelas son, casi siempre, líderes sindicales, trabajadores al servicio de la Compañía, jornaleros venidos de diversos sitios del país y del extranjero. Está muy marcada la presencia del *norteamericano bueno* y el *norteamericano malo*. Las luchas sociales

² *Maifrén* (my friend): Beatriz Aiffil (2012:20) acuña la frase “el *musiú* pal blanquito y el *maifrén* pal negrito”. Sobre la palabra *maifrén* señala: “*Maifrén* se le decía al negro que se sospechaba venido de otras tierras. Además, se suponía que era simpático, dicharachero, amigable... y aunque fuera serio y poco amistoso, los criollos venezolanos los querían ver así: simpáticos, dicharacheros y amigables. Punto. *Maifrén* se le decía al negro extranjero pero no al cubano ni dominicano. *Maifrenes* fueron los negros que llegaron a Coro, venidos de Curazao. Fueron los que llegaron a Güiría venidos de Trinidad. O los que llegaron a El Callao venidos de Barbados, Trinidad o la Guayana Francesa. No, no eran los negros barloventes ni los negritos carupaneros ni los negritos fulleros aunque les gustara la guachafita, fuesen en el amor audaces, buenos amigos y parranderos. [...] Eran extranjeros o hablaban idioma extranjero: inglés, francés, holandés o cualquiera de las interesantísimas variaciones que a estos idiomas se le dio en esta América, ya fuera *creole*, *papiamento* o *patuá*. Si hablaban algo de eso eran *maifrén* aunque hubieren nacido en esta tierra de gracia y adoptado el guayoyito, el jugo de caña y el pabellón. El *maifrén* era el amigo, o al menos se deseaba su amistad utilizando de manera no tan clara pero sí taxativa la palabra *friend* (*amigo*) como vocativo. Hasta con envidia. En esencia, yéndonos al meollo del asunto, están latentes allí vestigios de ese venezolano que se consideraba inferior al colonizador aunque estuviera mezclado en su sangre. Que se consideraba inferior al europeo al que había que copiar y con el cual se pretendió en una época, limpiar a este país de flojera, de ignorancia y de color”. (cf. Aiffil, 2012:20).

no se expresan en alzamientos o guerras intestinas, sino en huelgas o enfrentamientos entre patronos y asalariados. En estas novelas, los capitales foráneos y los gerentes de habla inglesa son ahora los representantes del *poder*, especialmente económico.

Muchos términos y expresiones del inglés se colaron en nuestro vocabulario, a veces como anglicismos (empleo de vocablos o giros ingleses en español) muchas veces son un producto de traducciones deficientes de material hablado.

En *Mene*, el enunciador general destaca que los venezolanos intentaron, por todos los medios, aprender (remedar o por lo menos imitar, copiar, calcar, parodiar) la lengua de los capataces norteamericanos que dirigían la Compañía petrolera:

Una inédita modalidad del alma indígena se abultó entonces en dramática evidencia: la *admiración* por el extranjero. La técnica del extranjero fue una brujería inexplicable e inimitable. Un tabú. Y tabú también la belleza de sus mujeres. *Esa actitud justificaba el concepto peyorativo del blanco sobre el nacional*. Con una mirada tan irresponsable como la que tuvo para las grandes máquinas, éste miró luego la belleza de las hembras exóticas y sus costumbres extraordinarias. Una gula sorda inflamó sus pupilas ante el espectáculo de sus piernas desnudas, del atrevimiento de sus tocados deportivos y del desenfado de sus movimientos.

La *admiración* derivó en breve hacia el plagio. Se vio al indígena alterar sus costumbres, proscribir su viejo saco, su rústica blusa de lienzo, para exhibirse en mangas de camisa. *Y dedicarse al aprendizaje de las lenguas invasoras o simplemente a su remedo*.

Todo esto constituía, en realidad, un capitoso encanto para la vida en las aldeas petrolerías. El robusto extranjero rubio que miraba con indiferencia al raquíctico mestizo y que en el trabajo le acicateaba con sus interjecciones, no se excusaba, sin embargo, de frecuentar sus centros de diversión. Botiquines, casinos, tugurios indígenas eran invadidos a menudo por las ruidosas pandillas. Su oro corría a raudales y sus gatzates ávidos trasegaban el ron y la cerveza, criollos en alegre desquite de las lejanas leyes prohibitivas. (Díaz Sánchez, 1958:68).

En la novela *Viento de Huracán* (1992) de José León Tapia, la identidad discursiva Federico Sánchez, en una actitud de *sumisión* y *admiración* hacia la clase social dominante (los blancos norteamericanos); con un talante tímido se pone al servicio de un *musiú*³ y emprende su lucha por

³ *Musiú/musiúa* (monsieur): es una deformación de la palabra francesa *monsieur* (señor). En Venezuela fue utilizada para denominar a las personas extranjeras. Según Beatriz Aiffil “el *musiú* [...] a pesar de ser amigo era tratado con mayor respeto y distancia” (2012:20). Sobre la palabra *musiú* Aiffil señala: “Aunque el *musiú* se haga el *musiú*, es alemán, italiano, francés, inglés o un portugués. Un *musiú* es un personaje que pasó por Oxford University, un hombre estudiado, letrado, leído, pero lo mismo da si es un campesino ignorante de toda academia. *Musiú* es *musiú*. Pero ojo, valga la aclaratoria: tiene que ser varón blanco, proveniente de alguna calamidad en Europa, de ojos azules, verdes o ambarinos y, si no queda otra, pues entonces negros... los ojos. Ni por asomo me refiero al negro cuero que cubre la humanidad de un africano o un afrodescendiente. Aunque el *musiú* se haga el loco, el que no te entiende porque habla diferente, su accionar te hace oler que es un hombre investido de los más altos valores éticos como el amor al trabajo y la honestidad. Aunque al *musiú* te lo presenten con diferente cachimbo, siempre entenderás que dio lo mejor de sí a nuestro país y que sembró una familia en esta patria, unos hijos, que no necesariamente siguieron su

acceder a esa clase social. Es tal su *obediencia* que permite que le cambien su nombre, lo cual le parece más apropiado a la situación y a sus intereses:

Terminado de vencer el sueño de su letargo, se levantó despaciosamente Federico Sánchez y se acercó al *musiú* con aire de desconfianza.

—¿Quieres trabajar conmigo? le preguntó el americano en su español nasal, entrecortado y titubeante.

—Pues nada estoy haciendo, *míster*, le contestó Federico. [...] El mismo día en que le conocieron, el nombre se lo cambiaron los yanquis por *Freddy*, su equivalente en lengua inglesa, labidental y sonora. Y *Freddy* Sánchez comenzó a trabajar de *oficce boy*, sin que supiera lo que significaban esas palabras hasta que con su vivaz inteligencia llegó a comprender que eran lo mismo que *chocotero*, el trabajo que había hecho siempre en las vaquerías de los hatos. Muchacho de mandado y nada más [...].

A los tres meses, su tercer grado de escuela anémica y triste, se había enriquecido con un extraño caudal de conocimientos jamás soñados y centenares de *vocablos ingleses* que aprendía orgulloso con el *míster* sudoroso y gesticulante en los rumbos del sol. (León Tapia, 1992:50-51).

En la novela *Mancha de aceite* de César Uribe Piedrahita, se hace presente la identidad discursiva Asdrúbal Valcázar, un agente de la compañía, quien “gritaba a los peones esforzándose en prodigar las interjecciones y groserías que había aprendido de sus amigos «*los místeres*»” (2006:38). “Pronto la limonada y las cervezas pa *míster* Palma, y pa los otros *místeres*”. “Gut bai, *míster* Palma. Gut bai, *místeres* —gritaba Asdrúbal desde el andén” (Uribe Piedrahita, 2006).

Como lo he mencionado anteriormente, el uso de determinadas palabras fue prestigio pasajero. Sorprende además que su cantidad sea tan ínfima comparada con la muy abundante aportada por los deportes, especialmente el béisbol, lo que impulsó a Edgar Colmenares del Valle a publicar el *Léxico del béisbol en Venezuela* (1977), y en segundo lugar, el boxeo.

Rómulo Betancourt se refirió a los *guachimanes*⁴ contra los que reaccionaron los trabajadores petroleros en 1936, mientras Gabriel Bracho Montiel publicó en 1954 una novela breve e incompleta con ese título.

valioso ejemplo, y una mujer, no necesariamente *musiúa*, feliz de tener el privilegio de ser escogida por ese señor que vino para mejorar la raza de vagos, sinvergüenzas, flojos, inestables, redomados, holgazanes, marrulleros y buenoparanadas que éramos nosotros, según las investigaciones y razonamientos de unos tales positivistas que influyeron fuertemente en el cacumen de un señor llamado Juan Vicente Gómez, y cuyas posturas filosóficas continuaron levitando en los tiempos de Pérez Jiménez hasta afianzarse en el hipotálamo de la sociedad venezolana aun hasta nuestros días. *¡Estoy más contenta que negra con musiú!*, es una expresión que se usó en esos tiempos de esa Venezuela que se despreciaba a sí misma porque había pueblos más pulidos y refinados que los españoles que nos tocaron para el proceso civilizatorio” (*Id.*). [cf. Aiffil, Beatriz. (2012). Musiú and maifrén. *ALAI, América Latina en Movimiento*]. Gabriel Bracho Montiel en la novela *Guachimanes*, sobre la palabra *musiú* escribió: “Esta palabra es una corrupción del francés «*monsieur*». Parece ser que los primeros extranjeros que visitaron a Venezuela (no españoles, por supuesto) fueron franceses, y el pueblo les llamó «*monsieres*» primero y luego «*musiúes*». Hoy se llama así a todo extranjero que no habla castellano” (cf. Bracho Montiel, 1954:115).

⁴ *Guachimán* (watchman/watchmen) también conocido como «*huachimán*». Es uno de los anglicismos más reconocidos y usado en Perú, Venezuela y Colombia. Es un préstamo lingüístico del inglés por excelencia, que se

La sociedad norteamericana que llegó a Venezuela a trabajar en la industria petrolera, arribó con su lengua y su tecnología (su *saber*), y por tanto, era la más prestigiosa para el momento. Usaban sus palabras y los venezolanos que tenían *contacto* con ellos, las absorbieron y pronto las dejaron.

Un ejemplo puntual de este préstamo lingüístico proviene de los inicios de la explotación petrolera en Venezuela, cuando a los obreros, que iban a trabajar en la exploración, perforación y explotación en los campos petroleros los dotaban de todo lo necesario: botas, cascos, uniformes y unas herramientas que iban acopladas con un cinturón de cuero que se ponían, precisamente, en la cintura. Esas herramientas (hechas en los Estados Unidos) eran de una marca llamada *Mac & Dales*. Era común escuchar en los campos petroleros la frase “*agarra tus Mac & Dales*”. Poco a poco los obreros empezaron a llamar *Macandales* a ese conjunto de herramientas. Palabra que se fue modificando y por uso y costumbre terminó en el habla de los venezolanos como *Macundales*⁵ (hoy día en el habla popular se escuchan frases como *agarra tus macundales*). De esta manera, y por su repetido uso, la palabra quedó como sinónimo de *cosas*, *objeto* o *grupo de objetos*. Otro ejemplo lo encontramos en la cinta de aislar circuitos eléctricos, *Electrical tape*, que tras un largo uso (*tape, tape, tape...*) en el habla popular hoy la conocemos como el *Teipe*.

creó de traducciones deficientes de material impreso o hablado en inglés y por la inexistencia de una palabra apropiada que tradujera un término o vocablo en específico de la palabra. Su etimología, según filósofos y estudiosos de la lengua hispanoamericana, radica en su derivación de la corrupción de la palabra norteamericana «*watchman*» (*watch* = mirar / *man* = hombre: *hombre que mira*) y, como es obvio, no tiene otro significado sino el de guardián, vigilante, sereno o custodio. Según Rial (2002:37-38): “En «Mene» el *Guachimán* robusto y joven resulta salvador de la anciana que corre hacia el fuego de la cabría en busca de su hijo ya mutilado. [...] Un hombre indispensable, confundido e implicado en incidentes ilegales se convirtió en el referente a partir del cual tejer una historia, denuncia de las injusticias que el narrador de «*Guachimanes*» conoce en su visita a un campo petrolero. Así lo expresa al inicio del relato, luego de presenciar el velorio de un obrero asesinado por los *guachimanes* por reclamar sus derechos laborales. [...] Bracho escribe la novela cuando ya el *guachimán* se había convertido en guardián de todo tipo de fábricas, de manera que su discurso extiende un puente entre la escritura y la vida. Una manera de justificar con benevolencia las actitudes de ese personaje a través de un movimiento bifásico entre la representación literaria de una persona rechazada y al mismo tiempo la imagen de un tipo social insertado en nuevos contextos laborales. [...] La condición dinámica de este personaje quien, imbuido de un *hybris* de poder que no le pertenece, se convierte en verdugo de sus compañeros, basta para justificar la narración de Bracho Montiel, necesidad esencialmente moderna de representación de figuras sociales. El *guachimán* prescinde de discurso, de compromiso, carece de solidaridades del grupo y de actividades gremiales, es un personaje desideologizado”. (cf. Rial, 2002).

⁵ Sobre la palabra *Macundales*, Alexis Márquez Rodríguez refiere lo siguiente: “En la lengua coloquial de nuestro país se la usa con cierta frecuencia, aunque hoy menos que antes. Se usa siempre en plural, y en el *Diccionario de venezolanismos* (Tejer *et al.*) se define como “enserres, objetos personales”. Una variante es *macundos*. El *Diccionario del habla actual de Venezuela* (R. Núñez y F. J. Pérez) es un poco más explícito: “Conjunto de objetos de uso personal. 2. Conjunto de objetos viejos y de poco valor. 3. Conjunto de cualquier tipo de objetos independientemente de sus características”. Esta misma definición se repite sobre la variante *macundos*. En la práctica, *macundales* es equivalente a otros vocablos coloquiales de gran popularidad, y que incluso se usan como comodines, con los más diversos significados: corotos, peroles, peretes, trastos, tereques, chécheres, cachivaches, bichos, guarandingas, vainas, regorgallas, etc. Aunque *macundales* se menciona muchas veces en escritos de diversa índole, casi nadie se ha ocupado de investigar el origen de la curiosa palabra. Rosenblat la da muchas veces como ejemplo de vocablo coloquial de tipo genérico y de uso frecuente, pero no dice nada sobre la fuente de donde viene. También la mencionan otros estudiosos de la lexicología venezolana, como Lisandro Alvarado y Gonzalo Picón Febres, pero sin referirse a su etimología. (cf. Márquez Rodríguez, 2006).

Aunque no tiene relación directa con la aparición e instalación de la industria petrolera en Venezuela, otro ejemplo de estos anglicismos o préstamos lingüísticos lo representa el origen de la palabra *corotos* —por demás gracioso—.

Ángel Rosenblat (2004) señala que la palabra *coroto* cabe el universo entero. Aunque se le conoce también en Ecuador, Colombia, Panamá, Santo Domingo y Puerto Rico (con el valor de trastos, trebejos, bártulos, baratijas), en todas esas regiones su uso es limitado, y su expansión se debe sin duda a Venezuela. El *Diccionario de la lengua* editado por la Real Academia Española (2001) la señala como un coloquialismo que significa “objeto cualquiera que no se quiere mencionar o cuyo nombre se desconoce. Cacharro de cocina o de la vajilla. Trastos: cosas inútiles o que estorban. Poder político. Irse con la música a otra parte”.

Sobre el origen de la palabra *coroto* hay diversas y hermosas anécdotas. Una de ellas se refiere a Antonio Guzmán Blanco, quien entre 1870 y 1888, fue tres veces presidente de Venezuela, tuvo una educación con fuerte influencia francesa, e incluso, fue diplomático acreditado en ese país. En su estadía por el país europeo, su mujer se aficionó mucho por las obras del pintor francés Jean-Baptiste Camille Corot (uno de los más ilustres de dicho género y cuya influencia llegó al Impresionismo). El presidente Guzmán Blanco y su esposa llegaron a tener una respetable colección, de la cual no se separaban.

Cuando vivían en Caracas, según relata Rosenblat (2004:113), “el general solía recomendar machaconamente al servicio: *¡Cuidado con los Corots!* Las criadas empezaron a burlarse del *coroto del general*, y la expresión se extendió a objetos más diversos”. Cada vez que se mudaban de casa —cosa que hicieron con mucha frecuencia— le indicaba a los(as) empleados(as) que embalaban los enseres: «*Tengan mucho cuidado con los Corots*», es decir, las pinturas. Los empleados fueron generalizando la orden, convirtiendo en *corotos* toda clase de cosas propias de una casa.

Francisco Javier Pérez en el *Diccionario histórico del español en Venezuela* (2012:201) destaca que *coroto* es la palabra con la que en Venezuela se designa a un objeto cualquiera —con mucha frecuencia enseres domésticos—, y que durante décadas se ha atribuido a una anécdota relacionada con Antonio Guzmán Blanco:

El llamado “Ilustre Americano” habría gritado, a quienes lo ayudaban en una mudanza, que tuvieran cuidado con los “Corots”, refiriéndose a unas valiosas pinturas del pintor francés Jean-Baptiste Camille Corot. Una degeneración del apellido del artista habría derivado en “coroto”, que con los años habría terminado adoptando el significado que tiene desde finales del siglo XIX.

Otra variante anecdótica sobre el origen de esta palabra la señala Rosenblat, quien atribuye la presencia de dos cuadros de Corot al general José Tadeo Monagas. “Al desplomarse la dictadura monaguista el pueblo saqueó la residencia presidencial y arrastró por las calles los dos Corot,

particularmente apreciados por el presidente. Uno de los excontertulios, al ver la suerte infortunada de los cuadros exclamó: ¡Adiós corotos!⁶ (2004:113-114).

No obstante, Pérez (2012) señala que la voz *coroto* es de origen indígena y designaba un recipiente para tomar agua, hace la aseveración de que en 1823, el abogado dominicano Núñez de Cáceres la utilizaba en el libro *Memoria de Venezuela y Caracas* como sinónimo de “cosa”. Según el estudioso de la lengua, *coroto* es un vocablo de origen colonial que ha llegado al léxico de la actualidad.

Igual situación ocurrió con la unidad fraseológica *échale pichón*. En Venezuela, cuando se le pide a una persona un esfuerzo adicional, un trabajo que requiere fuerza o dedicación se le dice *¡échale pichón!* Bien entrada la época petrolera, en los momentos en los que todavía no existían acueductos ni sistemas de distribución de agua, ésta se extraía con bombas manuales que tenían una palanca en la que se leía la frase “Push On”. (push on vi. (persevere, keep going), seguir adelante vtr. / push on vtr. (exert pressure against), empujar vtr., ejercer la fuerza contra vtr., impulsar, presionar vtr.). Al igual que en los casos anteriores, por uso y costumbre se utilizaron nuevas palabras para decir que pusieran a funcionar las bombas (*dale a la bomba*), y derivó en *pichón*. Se decía: *échale “push on”, échale “push on”, terminó en échale pichón*,

Por supuesto que, palabras usuales en el argot petrolero (*jurungos, mabil, gato*) hoy día han desaparecido. Resulta curioso sin embargo, que algunas novelas venezolanas incluyan al final un glosario donde aparecen vocablos como *míster, guachimán, maifrén, musiú, ófisboy, macundales, corotos, etc.* Alejo Carpentier participaba de la idea de eliminar los glosarios para lograr la universalidad del vocabulario en América. No obstante, al final de la novela *Guachimanes* (1954) Bracho Montiel incluye un apartado titulado *Vocabulario de modismos y locuciones populares empleados en este libro*, en el que aparecen palabras y frases como: *abrir las agallas, bola* (rumor), *cochocho, chalequial, curucutear, capirote, enea, enterrar el cacho, fuñir bien fuñidos, estar en la guama, guineo, ñero, ñarras, siruyo, topias, zoquetadas*, y un gigantesco etcétera. Uribe Piedrahita, en la novela *Mancha de aceite* (1935) bajo el título de *Glosario* también incluye palabras como *guaya* (del inglés *wire*, alambre), *churupos, fuñir, guaricha, jumos, mamar gallo*,

⁶ “La explicación es demasiado bonita para ser verdadera. Además, la palabra *coroto* era general ya antes de la época de Guzmán Blanco, antes de la caída de los Monagas, que fue en marzo de 1858, y seguramente antes de la existencia misma de Corot. El testimonio más antiguo que tenemos hasta ahora es de Núñez de Cáceres, en su *Memoria sobre Venezuela y Caracas*, probablemente de 1851 ó 1852” (Rosenblat, 2004:114). Sobre la palabra *corotos* Juan Carlos Chirinos (2005:1) expone: “*Coroto* era la cosa inútil, el cacharro roto. En toda la literatura venezolana son infinitos, y las acepciones, diversas. Puede designar un objeto de nombre desconocido o que no se quiere nombrar: ¡Alcánceme ese coroto!, ¡Qué coroto es ése? O un objeto despreciable: ¡Tire ese coroto! Pero puede abarcar todos los objetos de una casa, incluyendo los muebles, o todas las mercancías de un establecimiento, con la estantería: ¡Fulano se marchó con todos los corotos!, ¡Estoy mudando los corotos! ¡Fulano con sus corotos!, se oye alborozadamente en las prisiones, porque es anuncio de libertad. *Coroto* puede ser también asunto, negocio. Es decir, que absorbe todos los usos de la palabra *cosa*: ¡Tengo hablarte de un coroto!, ¡Tengo que hacer un coroto! *Estar metido entre los corotos* es estar de punta en blanco, luciendo las mejores prendas. ¡Adiós, coroto!, es expresiva exclamación de asombro. Y *entregar los corotos* (como entregar los papeles) es morir: ¡Qué vida! ¡El día menos pensado uno entrega los corotos! ¿Y de dónde viene una palabra tan afortunada si nada tiene que ver con Corot? Su origen es realmente humilde. Como el de casi todas las cosas grandes. Es sin duda una voz indígena”. (cf. Chirinos, 2005).

macanudo, miche, morocotas, tomar palitos, patiquines, pea, zarandajo, por mencionar sólo algunas de ellas.

La presencia de un vocabulario al final de la obra literaria, como dice Rial, “no se trata de malicioso rigor nacionalista ni tampoco para convertir el regionalismo en tradicionalismo y añoranza, el ojo que observa y la mano que escribe desean hacer del petróleo un protagonista universal dentro de contextos locales que, por existir más allá de la lectura, contribuyen a dar a conocer la vida entre las redes del paradójico producto” (2002:41).

Observando estos ejemplos, cabría preguntarse si la criollización o apropiación de vocablos anglosajones sería una estrategia involuntaria de la resistencia cultural en lo lingüístico, o por el contrario, como lo he señalado anteriormente, fue una *moda* pasajera. Si la respuesta es afirmativa, entonces, ¿de qué manera se produjeron esos cambios? ¿De qué forma la transformación que se originó en la sociedad a raíz de la implantación de la industria petrolera alteró la lengua y el habla? ¿Si el petróleo suministró un inmenso caudal de dinero, lo cual ocasionó un cambio importante en la economía venezolana y la sociedad en general, no hizo lo mismo con el *léxico*, gracias a la presencia de voces y expresiones extranjeras?

Diacrónicamente se ha mostrado que el uso de determinadas expresiones orales provenientes del petróleo fue una *moda* pasajera, que influyó en un grupo reducido de venezolanos. Volvimos a nuestras palabras o adoptamos otras. Muchos vocablos han entrado a nuestro lenguaje después del auge petrolero.

3. CONCLUSIONES

Sobre el léxico en las novelas venezolanas que tienen como *motivo* el petróleo, dos cosas son fundamentales de resaltar: en primer lugar, palabras como *míster, guachimán, maifrén, musiu, ófisboy* y *macundales* surgieron producto del *contacto* entre lenguas y pasaron a formar parte del vocabulario de las personas que conformaban el ámbito petrolero; en segundo lugar, esas palabras impulsaban, movían y afectaban las *pasiones* de los venezolanos novelizados. En unos producían *pasiones* como la *admiración* y *deseo* [por ejemplo Alberto (de *Mene*), Federico Sánchez (de *Viento de huracán*) y Guillermito Rada (de *Oficina N° 1*)]; en otros, eran utilizadas como *burla* y *sarcasmo* (en *Mene*, la palabra *maifrén* significaba para los venezolanos gorila o algo semejante), y en la mayoría eran vocablos que por todos los medios los trabajadores intentaban aprender (o por lo menos imitar) de la lengua de los capataces norteamericanos que dirigían la Compañía petrolera.

En la novela petrolera venezolana cada enunciador general encuentra la forma particular de contar su propia versión de la historia, en un país donde el petróleo conforma extensos espacios físicos e impregna absolutamente todo, dentro de fronteras urbanas de tradiciones conservadas y entre cuyas estructuras petroleras el habitante venezolano, acostumbrado al atrevido *intercambio* cultural, al *contacto* directo con otras razas y otras lenguas, *ironiza, parodia, satiriza, burla, mofa* su lenguaje con inteligencia creativa para ensamblar y mostrar un nuevo entredicho social y

revelar —a la posteridad— una forma cultural, un lenguaje, una cultura de una época determinada que le tocó vivir a Venezuela.

4. REFERENCIAS

1. Bibliografía directa.

Agelvis Carrero, Valmore. 2005. *Discurso visual y discurso verbal: análisis pasional de las caricaturas del venezolano Pedro León Zapata*. Tesis doctoral Universidade da Coruña. Departamento de Filoloxía Española e Latina. <http://ruc.udc.es/dspace/handle/2183/992> (10 de enero de 2013).

Aiffil, Beatriz. 2012. Musiú and maifrén. *ALAI, América Latina en Movimiento*. <http://alainet.org/active/56259> (20 de julio de 2011).

Aiffil, Beatriz. 2012. Maifrén. (2012, 1 de julio). *Correo del Orinoco*, 2012, 1 de julio. 20.

Bracho Montiel, Gabriel. 1954. *Guachimanes*. Santiago de Chile: Talleres Francisco Javier.

Bocaranda, Steve. (s.f.). *Diccionario del Venezolano*. <http://api.ning.com/files/.../diccionariodelvenezolano.pdf> (25 de julio de 2013).

Castro Pumarega, Daniel. (s.f.). *Diccionario de venezolanismos*. <http://projetbabel.org/internet/venezolanismos.htm> (25 de julio de 2013).

Carrera, Gustavo Luis. 1972. *La novela del petróleo en Venezuela*. Caracas-Venezuela: Servicios Venezolanos de publicidad.

Carrera, Gustavo Luis. 2005. *La novela del petróleo en Venezuela*. Mérida: Instituto de Investigaciones Literarias Gonzalo Picón Febres (ULA) - Publicaciones del Vicerrectorado Académico de la Universidad de Los Andes.

Colmenares del Valle, Edgar. 1977. *Léxico del béisbol en Venezuela*. Caracas: Centauro.

Colmenares del Valle, Edgar. 1995. *Lexicología y lexicografía en Venezuela: fuentes para su estudio*. Caracas: Ediciones La casa de Bello.

Chirinos, Juan Carlos. 2005. *Coroto*. <http://juancarloschirinos.blogspot.com/2005/12/coroto.html> (25 de julio de 2013).

Díaz Sánchez, Ramón. 1958. *Mene*. Lima-Caracas: Cuarto festival del libro venezolano - Distribuidora Continental.

León Tapia, José. 1992. *Viento de huracán*. Caracas: Centauro.

Márquez Rodríguez, Alexis. 2006. *La palabra: Macundales*. <http://www.analitica.com/va/sociedad/articulos/3694913.asp>. (5 de septiembre de 2011).

Márquez Rodríguez, Alexis. 2006. *Coroto*. <http://webarticulista.net.free.fr/amr200618061310.html> (25 de julio de 2013).

Mata Gil, Milagros. 1989. *Memorias de una antigua primavera*. Caracas: Planeta.

Marina, José Antonio & López Penas, Marisa. 2001. *Diccionario de los sentimientos*. Barcelona: Compactos - Anagrama.

Otero Silva, Miguel. 1979. *Oficina N° 1*. Barcelona: Seix Barral.

Pérez, Francisco Javier. 2012. *Diccionario histórico del español de Venezuela*. Caracas: Bid&co - Fundación Polar.

Quintero, Rodolfo. 1968. *La cultura del petróleo*. Caracas: Esquema.

Quintero, Rodolfo. 1972. *Antropología del petróleo*. México: Siglo XXI editores.

Quintero, Rodolfo. 1978. *El petróleo y nuestra sociedad*. Caracas: Universidad Central de Venezuela - Ediciones de la Biblioteca.

Rial, Julia Elena. 2002. *Constelaciones del petróleo*. Maracay: Estival.

Rosenblat, Ángel. 2004. *Buenas y malas palabras. Una selección*. Caracas: Monte Ávila.

Tejera, María Josefina. (Coord.). 1993. *Diccionario de venezolanismos*. Caracas: Universidad Central de Venezuela - Facultad de Humanidades y Educación - Instituto de Filología "Andrés Bello" - Academia Venezolana de la Lengua - Fundación Edmundo y Hilde Schnoegass.

Tinker Salas, Miguel. 2006. *Cultura, poder y petróleo: campos petroleros y la construcción de ciudadanía en Venezuela*. <http://www2.scielo.org.ve/pdf/ea/v15n1-2/art18.pdf> (9 de enero de 2012).

Uribe Piedrahita, César. 2006. *Mancha de aceite*. Maracaibo: Universidad Católica Cecilio Acosta - Universidad del Zulia, Ediciones del Rectorado.